

los ojos y hacerles sufrir horribles suplicios. Sin embargo, es preciso, para comprender tales actos, no indignarse más de lo que puede hacerlo un naturalista ante la araña que, lentamente, devora á la mosca. Cuando se turba la razón, cesa de ser razón y nadie puede explicar.

El papel del historiador y el del psicólogo no son, como puede verse, idénticos; pero al primero, tanto como al segundo, puede pedírseles que prueben, por una prudente interpretación de hechos, á descubrir bajo las visibles evidencias las fuerzas invisibles que los determinan.

## CAPÍTULO II

### Fundamentos psicológicos del antiguo régimen.

#### § 1.—LA MONARQUÍA ABSOLUTA Y LAS BASES DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

Muchos historiadores aseguran que la Revolución fué hecha contra la autocracia de la monarquía. Pero, en realidad, mucho antes de su explosión, los reyes de Francia habían dejado de ser monarcas absolutos.

Sólo muy tarde, y bajo el reinado de Luis XIV, llegaron á poseer un poder incontestable. Todos los soberanos precedentes, comprendidos los más poderosos, Francisco I, por ejemplo, tuvieron que sostener, bien contra los señores, bien contra el clero ó contra los Parlamentos, constantes luchas, en las que no siempre eran ellos los más fuertes. Francisco I, que acabamos de citar, no tuvo bastante autoridad ni siquiera para proteger contra la Sorbona y el Parlamento á sus más íntimos familiares. Su consejero y amigo Berquin, mal visto por la Sorbona, fué detenido á instancia suya. El rey ordenó su libertad, pero aquélla negóse á concederla. Vióse obligado á retirarlo de la Conserjería por arcabuceros, y el único medio que tuvo para protegerle fué el tenerle á su lado en el Louvre. La Sorbona no se dió por vencida. Aprovechando una

ausencia del rey, detuvo de nuevo á Berquin y lo hizo juzgar por el Parlamento. Condenado á las diez de la mañana, á las doce era quemado vivo.

Muy lentamente edificada, la potencia de los reyes de Francia no fué absoluta más que bajo Luis XIV. Declinó rápidamente, y sería ciertamente difícil hablar del absolutismo de Luis XVI.

Este presunto dueño y señor era esclavo de su corte, de sus ministros, del clero y de la nobleza. Hacía lo que le obligaban, y pocas veces lo que él deseaba. Ningún francés fué tal vez menos libre que él.

Los grandes recursos de la monarquía residían primeramente en el origen divino que se le suponía, y después en las tradiciones acumuladas por los tiempos. Estas formaban la verdadera armadura social del país.

La verdadera causa de la desaparición del antiguo régimen fué precisamente el debilitamiento de las tradiciones que le servían de base. Cuando, después de repetidas discusiones, no tuvieron más defensores, el antiguo régimen se vino abajo como un edificio cuyos cimientos han sido destruidos.

## § 2.—INCONVENIENTES DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

Un régimen por largo tiempo establecido, acaba siempre por parecer aceptable al pueblo por él gobernado. La costumbre disfraza los inconvenientes que surgen sólo cuando se reflexiona demasiado. El hombre preguntase entonces cómo ha podido soportarlos. El ser realmente desgraciado es el que se cree miserable.

Esta fué precisamente la creencia que se propagó

en la época de la Revolución, bajo la influencia de escritores cuya acción no tardaremos mucho en estudiar. Las imperfecciones del antiguo régimen presentáronse á todos los ojos. Eran numerosas; bastará con señalar algunas.

A pesar de la aparente autoridad del poder central, el reino, formado por la conquista sucesiva de provincias independientes, estaba dividido en territorios, teniendo cada uno sus leyes, sus costumbres y pagando impuestos diferentes. Aduanas interiores los separaban. La unidad de Francia era de este modo bastante artificial. Representaba un agregado de diversos países que los esfuerzos repetidos de los reyes, comprendidos los de Luis XIV, no habían de unificar por completo. La obra más útil de la Revolución fué precisamente esta unificación.

A semejantes divisiones materiales vinieron á sumarse divisiones sociales constituídas por las clases: nobleza, clero y Tercer Estado, cuyas rígidas barreras no podían ser transformadas sino muy difícilmente.

Considerando la separación de clases como una de sus fuerzas, el antiguo régimen habíala mantenido con todo rigor. Llegó á ser la causa principal de los odios que inspiró. Muchas violencias de la burguesía triunfante representan sobre todo las venganzas de un largo pasado de desdenes y de opresión. El recuerdo de las heridas de amor propio es el que menos se borra. El Tercer Estado había soportado mucho. En una reunión de los Estados Generales de 1614, en la que sus representantes habíanse visto obligados á permanecer descubiertos y arrodillados, un miembro del Tercer Estado, habiendo osado decir que las órdenes eran como

tres hermanos, el orador de la nobleza respondió: «que no había ninguna fraternidad entre ella y el Tercer Estado, que los nobles no querían que los hijos de los zapateros les llamasen hermanos».

A pesar de los progresos, la nobleza y el clero conservaban con obstinación privilegios y exigencias injustificables, sin embargo, desde que estas clases habían cesado de prestar sus servicios.

Alejados de las funciones políticas por el poder real que desconfiaba, y reemplazados progresivamente por una burguesía cada vez más capaz é instruída, el clero y la nobleza no desempeñaban sino un papel social de mero aparato. Este extremo ha sido luminosamente expuesto por Taine:

«Desde que la nobleza, dice, habiendo perdido la capacidad especial y el Tercer Estado logrado la capacidad general, se hallan al nivel por la educación y las aptitudes, la desigualdad que les separa ha llegado á ser ofensiva, convirtiéndose en inútil. Instituida por la costumbre no está ya consagrada por la conciencia, y el Tercer Estado se indigna con derecho contra los privilegios que nada justifican, ni la capacidad del noble ni la incapacidad del burgués.»

En razón de la rigidez de clases sociales fijada por un largo pasado, no se ve lo que hubiera podido determinar la nobleza y el clero al renunciamiento de sus privilegios. Sin duda acabaron por abandonarlos en una noche memorable, cuando los acontecimientos á ello les obligaron; pero entonces era muy tarde, y la Revolución desencadenada proseguía su curso.

Es cierto que los progresos modernos hubieran establecido sucesivamente todo lo que la Revolución ha creado: la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la supresión de los privilegios de nacimiento, etc. A pesar del espíritu conservador de los latinos, hubiéranse obtenido estas cosas, como ocu-

rrió en la mayoría de los pueblos. De este modo hubiéramos economizado veinte años de guerras y devastaciones, pero para evitarlos, precisa era una constitución mental diferente de la nuestra, y, sobre todo, otros hombres de Estado que los de aquella época.

La hostilidad profunda de la burguesía contra las clases que la tradición mantenía sobre ella, fué uno de los grandes factores de la Revolución, y explica perfectamente que, después de su triunfo, la primera despojó á los vencidos de sus riquezas. Se condujo entonces como conquistadora, como Guillermo el Normando, distribuyendo el suelo á sus soldados después de la conquista de Inglaterra.

Pero si la burguesía detestaba la nobleza, no sentía ningún odio contra la realeza, que no le parecía, además, reemplazable. Las equivocaciones del rey, y sus llamadas al extranjero, no lograron sino con extrema lentitud hacerle impopular.

La primera asamblea jamás pensó en fundar una República. En extremo realista, sólo pensaba en sustituir sencillamente á la monarquía absoluta una monarquía constitucional. Sólo la conciencia de su poder, al aumentar, le exasperó contra las resistencias del rey. Sin embargo, no se atrevió á destronarlo.

### § 3.—LA VIDA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN.

Difícil es formarse idea bien clara de la vida bajo el antiguo régimen, y sobre todo, de la situación real de los campesinos.

Los escritores que defienden la Revolución, como los teólogos defienden los dogmas religiosos, trazan

cuadros tan lastimosos de la existencia de los campesinos bajo el antiguo régimen, que hay que preguntarse cómo no habían muerto de hambre hacía mucho tiempo los desvalidos.

Un hermoso caso de esta manera de escribir, se encuentra en un libro de M. A. Rambaud, en tiempos profesor de la Sorbona, publicado bajo el título: *Histoire de la Revolution française*. Se observa principalmente un grabado cuyo texto dice: «Miseria de los campesinos bajo el reinado de Luis XIV». En primer término, un hombre se disputa con unos perros, huesos completamente descarnados. A su lado, un desgraciado se retuerce comprimiéndose el vientre. Más lejos, una mujer echada en el suelo, come hierba. En el fondo del paisaje, varias personas, que no es posible decir si son cadáveres ó hambrientos, se hallan igualmente tirados por el suelo.

Como ejemplo de la administración del antiguo régimen, asegura el mismo autor que «un empleo de policía, con un sueldo de 300 libras, producía 400.000».

Tales cifras indicarían, en verdad, un gran desinterés por parte del que proporcionaba estos productivos empleos. Afirma también «que no costaba más que 120 libras hacer detener las gentes», y que «bajo Luis XV, se distribuyeron más de 150.000 órdenes reservadas de prisión ó destierro».

Casi todos los libros sobre la Revolución están concebidos con tan poca imparcialidad y espíritu crítico, por lo cual este período es tan defectuosamente conocido.

Cierto es que no faltan documentos; pero son perfectamente contradictorios. Á la célebre descripción de La Bruyère puede oponerse el cuadro entusiasta

hecho por el viajero inglés Young del estado próspero de los campesinos por él visitados.

¿Hallábanse realmente abrumados por los impuestos, como se ha asegurado, y pagaban las cuatro quintas partes de sus ingresos en lugar del quinto actual? Es imposible decirlo con certeza. Un hecho capital parece probar, sin embargo, que bajo el antiguo régimen la situación de los habitantes de los campos no podía ser muy miserable, puesto que más de la tercera parte del suelo había sido comprada por campesinos.

Se conoce mejor lo que respecta á la administración financiera. Ésta era muy opresora y complicada. Los presupuestos arrojaban generalmente déficit, y los impuestos de todas clases eran tiránicos. En el momento mismo de la Revolución, este estado de las finanzas fué la causa de un descontento universal, expresado por los cuadernos de los Estados Generales. Observemos, toda vez que aquellos cuadernos no traducían una situación anterior, sino un estado actual debido á una crisis de miseria producida por la mala cosecha del año 1788 y el riguroso invierno de 1789. ¿Qué hubieran sido los mismos cuadernos escritos diez años antes?

Á pesar de estas desfavorables circunstancias, no contenían ninguna idea revolucionaria. Los más avanzados pedían que los impuestos fuesen decretados solamente con el consentimiento de los Estados Generales y pagados por igual por todos.

Los mismos cuadernos aspiraban algunas veces también á que el poder del rey fuese limitado por una Constitución que definiera sus derechos y los de la nación. Si hubieran sido aceptadas estas aspiraciones, tal vez hubiera sustituido muy fácilmente una monarquía constitucional á la monar-

quía absoluta, y hubiérase evitado probablemente la Revolución.

Por desgracia, la nobleza y el clero eran demasiado fuertes y Luis XVI demasiado débil para que semejante solución fuese posible.

Hubiese sido, por otra parte, muy difícil por las exigencias de la burguesía, que pretendía sustituir á la nobleza, y que fué el verdadero autor de la Revolución. El movimiento desencadenado por la burguesía sobrepasó rápidamente sus aspiraciones, sus necesidades y sus esperanzas. Había reclamado la igualdad en su provecho; pero el pueblo la quería también para sí. La Revolución acabó por ser de esta suerte el gobierno popular, que no era ni tenía intención de serlo, por supuesto.

§ 4.—EVOLUCIÓN DE LOS SENTIMIENTOS MONÁRQUICOS DURANTE LA REVOLUCIÓN.

*Carso*  
 Á pesar de la lentitud de evolución de los elementos afectivos, es cierto que durante la Revolución, los sentimientos no sólo del pueblo, sino aun de las asambleas revolucionarias con respecto á la monarquía, se transformaron muy rápidamente. Entre el momento en que los legisladores de la primera asamblea revolucionaria difundían respeto en torno de Luis XVI y aquel en que le cortaron la cabeza, transcurrieron pocos años.

Esos sentimientos, más superficiales que profundos, fueron, en realidad, una simple transposición de sentimientos del mismo orden. El amor que los hombres de aquella época profesaban al rey, concentráronlo sobre el nuevo gobierno heredero de su

poderío. El mecanismo de tal transformación es fácil de explicar.

Bajo el antiguo régimen, el soberano, siendo su poder de origen divino, hallábase investido por esta razón en una especie de poder sobrenatural. Desde el fondo de los pueblos y campos volvíase el pueblo hacia él.

Esta creencia mística en el poder absoluto de la realeza solamente desapareció cuando repetidas experiencias demostraron que el poder atribuido al ser adorado era ficticio. Entonces perdió su prestigio. Y cuando el prestigio se pierde, las multitudes no perdonan al dios caído haberse ilusionado con él, y buscan de nuevo el ídolo sin el cual no pueden pasarse.

Desde los comienzos de la Revolución, numerosos hechos, diariamente repetidos, revelaron á los creyentes más fervorosos que la realeza no poseía ya poder, y que existían otros poderes no sólo capaces de luchar contra ella, sino dueños de una fuerza superior.

¿Qué podían pensar del poderío real las multitudes que veían al rey maniatado por una asamblea, é incapaz en pleno París de defender su mejor fortaleza contra los ataques de patrullas armadas?

La debilidad real se hizo, pues, evidente cuando aumentaba el poderío de la Asamblea y las multitudes, al ver la debilidad desprestigiada, se vuelven siempre hacia la fuerza.

En las asambleas, los sentimientos, aun siendo muy móviles, no evolucionan tan de prisa; por esto sobrevivió la fe monárquica á la toma de la Bastilla, á la huida del rey y á su alianza con los soberanos extranjeros.

La fe realista seguía, sin embargo, siendo tan fuerte, que los motines parisienses y los acontecimientos que trajeron como consecuencia la ejecución de Luis XVI, no bastaron á hacer desaparecer definitivamente en las provincias aquella especie de piedad (1) secular de que se hallaba envuelta la antigua monarquía.

Todavía persistió en una gran parte de Francia durante todo el transcurso de la Revolución, y fué el origen de conspiraciones realistas y de la insurrección de varios departamentos, que tanto trabajo costó á la Convención sofocar. La fe realista había desaparecido de París, donde la debilidad del rey era demasiado visible; pero en las provincias el poder real, representando á Dios en la tierra, todavía conservaba prestigio.

Muy arraigados debían de estar en las almas los sentimientos realistas para que la guillotina no pudiera ahogarlos. Los movimientos realistas persistieron en efecto durante toda la Revolución, y se acentuaron principalmente bajo el Directorio, cuando 49 departamentos enviaron diputados realistas á París, hecho que provocó por

(1) Para hacer comprender lo profundo del amor hereditario del pueblo hacia sus reyes, Michelet relata el siguiente hecho, sucedido en el reinado de Luis XV:

«Cuando se supo en París que Luis XV, que había marchado con su ejército, habíase quedado enfermo en Metz, era de noche. Todo el mundo se levanta, las gentes corren en tumulto sin saber dónde van; se abren las iglesias..., se reúnen los vecinos en las plazuelas, se abordan, se preguntan sin conocerse. Hubo varias iglesias donde el sacerdote que pronunciaba la plegaria rogando por la salud del rey la interrumpió por sus llantos y el pueblo contestó con lamentos y gritos... El correo que llevó la noticia de la convalecencia fué abrazado y casi ahogado; besaban su caballo, lo llevaban en triunfo... Todas las calles repercutían un grito de gozo: «¡El rey está curado!»

parte de aquél el golpe de Estado de Fructidor. Esos sentimientos monárquicos, difícilmente borrados por la Revolución, contribuyeron á favorecer el triunfo de Bonaparte cuando llegó á ocupar el trono de los antiguos reyes y á restablecer en gran extensión el antiguo régimen.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO